

«Buscad primero el reinado de Dios y su justicia» (Mt 6,33)

Evocaciones y provocaciones del Concilio Vaticano II desde la opinión preferencial por los pobres

Sebastián Mora

Secretario General de Cáritas Española
E-mail: smora.ssgg@caritas.es

Nací un año después de concluido el Concilio Vaticano II y, sin embargo, ha sido un acontecimiento esencial en la vida e historia de mi generación. Me he socializado pastoralmente en la Iglesia postconciliar con todos sus atrevimientos, inquietudes, fortalezas y debilidades. He nacido y crecido a la fe en una Iglesia con una fuerte impronta conciliar que ha sido un regalo del Padre. Por ello, evocar el Concilio en sus bodas de oro es un ejercicio de Esperanza cristiana y Alegría en la fe, «por tanto, bien recibido». Además, evocar el Concilio desde el sufrimiento de las personas pobres y excluidas, significa una auténtica provocación al compromiso. Más allá de dialécticas sobre la hermenéutica de la continuidad o discontinuidad, la perenne llamada a ser una *Iglesia de los pobres* resuena como principio vivificador y unificador de la Iglesia postconciliar, de nuestra Iglesia actual y actuante. Un mes antes de la apertura del Concilio, el 11 de sep-

tiembre de 1962, Juan XXIII pronunció un discurso en el que afirmaba que «frente a los países subdesarrollados, la Iglesia es y quiere ser la Iglesia de todos, pero en particular, la Iglesia de los pobres». Ese deseo preconiliar del Papa bueno sigue siendo un reto postconciliar de nuestra Iglesia peregrina en un mundo desbocado e incierto.

La inquietud fundamental del Concilio, a mi modesto entender, consistió en la «apertura al mundo», es decir, al mundo moderno. La intuición clave era situarse como Iglesia en el mundo (*Gaudium et Spes*) con toda la grandeza y con toda la humildad. Desde esta apertura el Concilio fue un diálogo eclesiológico en primer término. Las palabras del Cardenal Suenens sobre la centralidad eclesiológica (*ad intra* y *ad extra*) del Concilio, luego refrendadas por el entonces Cardenal Montini, son elocuentes y constituyen un punto

de inflexión en el desarrollo del Concilio. En este sentido, cuando recuerdo la Iglesia que me vio nacer y crecer en la fe, siempre me la figuro como una «ventana abierta sin temores ni temblores». Una Iglesia que, como decía Juan XXIII en el discurso de apertura del Concilio, no sea «profeta de calamidades», sino una Iglesia que muestre un «nuevo Pentecostés». En este sentido, este primer cuadro evocativo representa una actitud –una disposición de ánimo– eclesial para habitar en terrenos fronterizos y contingentes. El diálogo con la ciencia, la técnica, la política y tantas otras realidades humanas de las que debemos aprender, con humildad, y a las que debemos iluminar desde la Luz de Cristo, con osadía, es un claro testimonio de una Iglesia abierta a la historia. Esta «Iglesia que se hace coloquio con el mundo» (*Ecclesiam Suam* n.º 27) está llamada a encarnarse y derramarse en las realidades temporales con inusitada valentía. Y, al derramarse en la historia, se desgarraba el mismo corazón de la Iglesia al sentir a millones de personas «gimiendo bajo dolores de parto» (Rom 8,22). Esta actitud de escucha y apertura es la que manifiesta el comienzo de la *Gaudium et Spes* que tanto nos sigue ensanchando el alma: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las an-

gustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo».

El segundo viaje evocativo, intelectual y afectivo, surge de esta escucha atenta al sufrimiento de las personas y los pueblos. Anteriormente he afirmado que el Concilio fue esencialmente eclesiológico, pero, sin embargo, el fruto del Concilio se manifestó en un giro cristológico en el ser y quehacer de la Iglesia. El «Cristo pobre y humilde» de los *Ejercicios* ignacianos adquiere una profundidad y radicalidad inusitada tras el Concilio. La apertura radical al sufrimiento del mundo no podía más que tornarse en visión cristológica. Así lo significaba Pablo VI en la alocución de clausura del Concilio: «En el rostro de cada ser humano, sobre todo si se ha hecho transparente por sus lágrimas y dolores, podemos y debemos reconocer el Rostro de Cristo (Mt 25,40)». El diálogo con el mundo hace, de una manera especial, transparente las lágrimas y dolores de las personas. Por ello, aunque en el Concilio la opción preferencial por los pobres no fue un tema extensamente tratado, sí que estuvo presente en el trasfondo del Concilio como tensión y provocación. Las palabras del Car-

denal Lercano en su intervención en la Congregación General de noviembre del 1962 lo traslucen. «Esta es la hora del Misterio de la Iglesia madre de los pobres, esta es la hora del Misterio de Cristo en el pobre». Esa hora no se consumió, teológicamente, en las reflexiones conciliares, pero sí se establecieron las condiciones de posibilidad del subsiguiente desarrollo. La imprevista cristológica, acompañada del proceso de la teología política europea y la energía de las Iglesias latinoamericanas en Medellín, expandieron temáticamente los aires del Concilio a las fronteras quebradas de la injusticia, la exclusión y el sufrimiento. Volver los ojos a Cristo es volver los ojos al sufrimiento, la pobreza y las angustias de los pueblos y personas excluidos, expropiados y oprimidos.

Estas evocaciones en dos movimientos complementarios de apertura eclesiológica y de intensidad cristológica nos lanzan, para terminar, a una evocación como provocación de carácter escatológico.

En estos momentos vivimos sumidos en la desesperanza, incertidumbre y desmoralización vital. ¡Qué palabras tan alejadas de ese mundo y esa Iglesia, «nuevo Pentecostés»! Y nuestro único camino y guía sólido es el camino de la encarnación, el camino de Jesucristo «que siendo rico, por vosotros se hizo pobre para enriqueceros con su pobreza» (2 Co 8,9). El «Misterio de la Iglesia madre de los pobres y el Misterio de Cristo en el pobre» nos convocan a ser una *Iglesia de los pobres*, tal como soñaba el Papa bueno. Este es el reto radical que nos regala el pensamiento conciliar y el desarrollo postconciliar. Cómo ser, no sólo una Iglesia para los pobres, sino una Iglesia de los pobres. Una Iglesia en la que los últimos serán los primeros» (Mt 20,16) y en la que «repartamos según la necesidad de cada uno» (Hch 2,45). Una Iglesia que se reconozca Amor Misericordioso y muestre la ternura intensa de Dios que nos lleva tatuado en las palmas de sus manos (cfr. Is 49,16). ■